

Laurence Bergreen

Magallanes

Hasta los confines de la Tierra

Edición especial 5.º centenario

Ariel

Laurence Bergreen

Magallanes

Hasta los confines de la Tierra

Traducción de Víctor Pozanco
e Isabel Fuentes García

Ariel

Título original: *Magellan: Over the Edge of the World*

Primera edición: noviembre de 2018

© 2003, Laurence Bergreen

© 2004, Víctor Pozanco e Isabel Fuentes García, por la traducción

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de la cubierta: Detalle de *Maris Pacifici*, Abraham Ortelius,

© Jan Arkesteijn/Wikimedia

El mapa realizado por Abraham Ortelius fue publicado en el *Theatrum Orbis Terrarum* en 1589 y constituyó la primera representación gráfica impresa que mostró el océano Pacífico y el continente americano.

Derechos exclusivos de edición en español

reservados para todo el mundo

y propiedad de la traducción:

© 2018, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2939-0

Depósito legal: B. 21.850-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Personajes principales 3
Una precisión sobre las fechas 5
Medidas 7

Introducción a la nueva edición 9

Introducción. Una aparición espectral 17

Libro primero. EN BUSCA DEL IMPERIO

1. La búsqueda 23
2. El apátrida 57
3. Países de ensueño 85
4. «La iglesia de los alzados» 109

Libro segundo. LOS CONFINES DE LA TIERRA

5. El calvario del líder 147
6. Náufragos 177
7. La cola del dragón 195
8. Una carrera contra la muerte 227
9. Un imperio perdido 245
10. La batalla final 281

Libro tercero. EL REGRESO DE ENTRE LOS MUERTOS

11. Nave de amotinados 315

12. Supervivientes	337
13. «Et in Arcadia ego»	367
14. El barco fantasma	395
15. Después de Magallanes	423
Comentarios sobre las fuentes	443
Bibliografía	463
Agradecimientos	473
Índice analítico	477

CAPÍTULO PRIMERO

La búsqueda

Él lo detiene con su mano huesuda,
«Había una vez un barco», cita él.
«¡Suéltame! ¡Quita tu mano, loco de barba gris!»
Rápido su mano deja caer.

El 7 de junio de 1494, el papa Alejandro VI dividió el mundo en dos, concediendo el hemisferio occidental a España y el oriental a Portugal.

Las cosas podían haber sido muy distintas si el Pontífice no hubiese sido el español Rodrigo Borja, nacido cerca de Valencia. Tras estudiar Derecho, italianizó su apellido cuando su tío materno Alfonso Borgia empezó su breve pontificado con el nombre de Calixto III. Tal como sugiere su linaje, Alejandro VI era un papa más bien laico. Era uno de los hombres más ricos y ambiciosos de Europa, solícito con sus muchas amantes, con las que tuvo varios hijos, y dotado de suficiente energía y habilidad para entregarse a sus pasiones mundanas.

Usó todo el peso de su autoridad para atender a las peticiones de los Reyes Católicos, que en 1492 instituyeron la Inquisición para purgar España de judíos y musulmanes. Isabel y Fernando ejercieron una considerable influencia en la Santa Sede y tenían muchas razones para esperar que su voz fuese escuchada en Roma. Los monarcas españoles querían que el Papa bendijese los recientes descubrimientos llevados a cabo por Cristóbal Colón, el navegante genovés que le puso en bandeja a España un nuevo mundo. El principal competidor de España por el control del comercio mundial era Portugal, que amenazaba con hacer valer sus propias reivindicaciones sobre las tierras recién descubiertas, al igual que hacían ya Francia e Inglaterra.

Fernando e Isabel imploraron al papa Alejandro VI que apoyase el derecho de España al Nuevo Mundo. El Pontífice respondió

promulgando bulas papales que establecían una línea de demarcación entre los territorios españoles y los portugueses alrededor del mundo. La línea iba desde el Polo Norte al Polo Sur. Pasaba a cien leguas (poco más de quinientos kilómetros) al oeste de un oscuro archipiélago conocido como islas de Cabo Verde, situado en el océano Atlántico frente a la costa del norte de África. Antonio y Bartolomeo da Noli, navegantes genoveses al servicio de Portugal, habían descubierto el archipiélago en 1460 y, desde entonces, las islas habían servido de puesto avanzado para el comercio portugués de esclavos.

Las bulas papales concedían a España derechos exclusivos sobre los territorios situados al oeste de la línea, y a los portugueses sobre los situados al este. Y si cualquiera de los dos reinos descubría un territorio que estuviese bajo la soberanía de un gobernante cristiano, ninguno de ellos podría reivindicarlo. Sin embargo, en lugar de contribuir a zanjar disputas entre España y Portugal, este acuerdo desencadenó una furiosa carrera entre las dos naciones para arrogarse nuevas tierras y para controlar las rutas comerciales del planeta, a la vez que trataban de modificar el trazado imaginario de la línea de demarcación en beneficio propio. La batalla verbal acerca de la línea de demarcación culminó al reunirse en la población vallisoletana de Tordesillas sendas legaciones diplomáticas para llegar a un compromiso.

En Tordesillas, los representantes de los países ibéricos convinieron en acatar la decisión del Papa, que parecía proteger los intereses de ambas partes. Los representantes portugueses obtuvieron una victoria sobre sus homólogos españoles al conseguir que la línea de demarcación se desplazase 270 leguas al oeste. En aquellos momentos estaba situada a 370 leguas de las islas de Cabo Verde, aproximadamente a 46' 30" oeste, de acuerdo con los cálculos modernos. Este cambio situaba la línea imaginaria de la frontera en pleno Atlántico, casi equidistante del archipiélago citado y de la isla caribeña de La Española. La nueva frontera daba a los portugueses amplio acceso al continente africano por mar. Pero lo más importante era que permitía a los portugueses reivindicar el recién descu-

bierto Brasil. No obstante, la polémica acerca de la línea de demarcación —y las aspiraciones imperiales que dependían de dónde se situase la línea— persistió durante años.

El papa Alejandro VI murió en 1503 y le sucedió Julio II, que en 1506 aceptó los cambios acordados por ambos países, con lo que el Tratado de Tordesillas adoptó así su forma definitiva.

Pese a ser el resultado de múltiples compromisos, el tratado creó más problemas de los que solucionó. Era imposible fijar una línea de demarcación porque los cosmólogos aún no sabían cómo determinar la latitud ni estarían en condiciones de hacerlo hasta doscientos años después. Para complicar aún más las cosas, el tratado no especificaba si la línea de demarcación rodeaba todo el planeta o, simplemente, dividía el hemisferio occidental. Finalmente, se sabía muy poco acerca de la situación geográfica de océanos y continentes. Aunque la Tierra fuese redonda, tal y como todos los científicos y hombres cultos convenían, los mapas de 1494 representaban un planeta muy distinto del que conocemos en la actualidad. Mezclaban la geografía con la mitología, añadiendo continentes «fantasma», a la vez que omitían algunos que existían realmente. El resultado era la imagen de un mundo que nunca existió. Hasta Copérnico era generalmente aceptado que la Tierra ocupaba el centro del universo, con planetas perfectamente circulares —incluyendo el Sol— que giraban a su alrededor describiendo órbitas fijas y perfectamente circulares. Era más conveniente situar la Tierra en el centro de todas estas órbitas.

Incluso los mapas más precisos revelaban las limitaciones de la cosmología de la época. En la Era de los Descubrimientos la cosmología era un campo especializado y académico que se ocupaba de describir la imagen del mundo, incluyendo el estudio de océanos y extensiones de tierra firme, así como el lugar de nuestro mundo en el cosmos. Los cosmólogos ocupaban prestigiosas cátedras universitarias y eran tenidos en gran estima por las casas reales europeas. Aunque algunos eran matemáticos de talento, a menudo cultivaban la astrología, que por entonces se consideraba una legítima rama de la astronomía, práctica que les atraía el favor de gobernantes inseguros que trataban de afirmarse en un mundo incierto. A lo largo del siglo XVI, los cálculos y teorías de los matemáticos y astrónomos

griegos y egipcios de la Antigüedad sirvieron de base a la cosmología, pese a que los nuevos descubrimientos socavaban los supuestos ancestrales. Pero en lugar de reconocer que estaba a punto de estallar una revolución científica, los cosmólogos respondieron al reto tratando de modificar o adaptar los esquemas clásicos, especialmente el sistema creado por Claudio Ptolomeo, el astrónomo y matemático grecoegipcio que vivió en el siglo II.

El voluminoso compendio de cálculos matemáticos y astronómicos de Ptolomeo había sido redescubierto en 1410, tras permanecer prácticamente ignorado durante siglos. La revitalización del saber clásico relegó al museo de los errores las ideas medievales del mundo basadas en una literal —aunque simbólica— interpretación de la Biblia. Pero a pesar de que el riguroso enfoque de las matemáticas que hizo Ptolomeo era más científico que las fantasías de los monjes acerca del cosmos, su descripción del planeta contenía muchas lagunas y equivocaciones. Siguiendo el ejemplo de Ptolomeo, los cosmólogos omitieron de sus mapas el océano Pacífico, que cubre una tercera parte de la superficie del globo, y ofrecieron representaciones incompletas del continente americano, basadas en informes y rumores más que en observaciones directas. Las omisiones de Ptolomeo tuvieron el curioso efecto de alentar la exploración, ya que daban la impresión de que el mundo era más pequeño y más navegable de lo que en realidad era. De haber estimado correctamente las dimensiones de la Tierra, quizá la Era de los Descubrimientos no habría llegado nunca.

En medio de la confusión proliferaron dos tipos de cartas de navegación: unas sencillas, pero precisas, que reflejaban observaciones directas de los pilotos; y otras que no eran sino fantasías de los cosmógrafos. Las primeras se limitaban a mostrar las rutas desde un punto a otro, mientras que los cosmógrafos trataban de incluir todo el cosmos en sus planos. Los cosmógrafos se basaban fundamentalmente en las matemáticas para realizar sus cálculos. Los pilotos se fiaban exclusivamente de su experiencia y de sus observaciones, y sus cartas de marear indicaban la situación de los puertos naturales y los perfiles de las costas. En cambio, los mapas de los cosmógrafos, cuajados de engañosas especulaciones eran, en muchos casos, inútiles para la navegación. En definitiva, ni unos ni otros permi-

tían aplicar de manera efectiva los términos del Tratado de Tordesillas respecto al reparto del mundo real.

Aunque cupiese esperar que los pilotos colaborasen estrechamente con los cosmógrafos no era así. Los pilotos no eran sino marineros especializados contratados que ocupan un escalafón inferior al de los cosmógrafos en la escala social. Muchos eran analfabetos y se orientaban por sencillos mapas que representaban costas y puertos con los que estaban familiarizados, además de sus propias intuiciones acerca del régimen de vientos y del comportamiento de la mar. Los cosmólogos les miraban por encima del hombro y les consideraban un hatajo de ignorantes, «hombres rústicos» y de «pocas luces». Los pilotos, por su parte, hombres con mucha experiencia que se jugaban la vida en la mar, tendían a considerar a los cosmólogos como soñadores sin sentido práctico. Los exploradores que se disponían a realizar viajes oceánicos necesitaban de las aptitudes de ambos. Se inspiraban en los cosmólogos, pero confiaban en los pilotos para los aspectos prácticos de sus travesías.

Aunque el Tratado de Tordesillas estaba condenado a quedar en papel mojado a causa de sus falsas asunciones, desafiaba a los viejos modos de la cosmología. Y sobre la base de esta ficción, arraigada en un profundo desconocimiento del mundo, España y Portugal competían para forjar sus respectivos imperios. El Tratado de Tordesillas no era ni siquiera una línea trazada en la arena, sino una línea trazada en el agua.

Envalentonados por el Tratado de Tordesillas, Isabel y Fernando se dispusieron a organizar la exploración de la parte del mundo concedida a España. Su éxito resultó engañoso. Los viajes de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo no sirvieron para descubrir una ruta marítima a las Indias. Una generación después de Colón, el emperador Carlos I reanudó las expediciones para forjar lo que sería el imperio español. Él y sus consejeros comprendieron que las Indias podían aportar valiosos productos y, sobre todo, el que por entonces se consideraba más valioso: las especias.

Desde la Antigüedad las especias han representado un papel económico esencial en las civilizaciones. Al igual que el petróleo

en la actualidad, la explotación de las especias por parte de los europeos impulsó la economía mundial e influyó en la política internacional; y, también al igual que el petróleo hoy en día, las especias estaban inextricablemente unidas a las exploraciones, las conquistas y al imperialismo. Pero las especias ejercían por sí mismas una extraordinaria fascinación. La mera mención de sus nombres (pimienta blanca y negra, incienso, mirra, nuez moscada, canela, casia y clavo) evocaba las maravillas y misterios de Oriente.

Los mercaderes árabes comerciaban con especias por rutas terrestres que llegaban hasta Asia, y provocaban alzas de precios por el procedimiento de ocultar la procedencia de la canela, la pimienta, el clavo y la nuez moscada con los que se enriquecían. Los mercaderes explotaban un práctico monopolio afirmando que sus preciosos productos procedían de África. En realidad, procedían de distintas regiones de la India y China, especialmente del Sudeste Asiático. Los europeos dieron en creer que las especias procedían efectivamente de África, pero la única relación de las especias con el continente africano era que allí cambiaban de mano. Para proteger su monopolio, los comerciantes árabes en especias inventaron todo tipo de monstruos y mitos, al objeto de ocultar el proceso normal para la producción de especias, procurando que sonase como cosa peligrosísima tratar de obtenerlas.

El comercio de las especias era consustancial a la idiosincrasia árabe. El profeta del islam, Mahoma, procedía de una notable familia de comerciantes en especias, y durante muchos años se dedicó al comercio de la mirra y del incienso en La Meca. Los árabes desarrollaron sofisticados métodos para la extracción de aceites esenciales de especias aromáticas, para uso médico y otros propósitos terapéuticos. Crearon fórmulas magistrales para elixires y jarabes derivados de las especias (la palabra jarabe procede de la voz árabe *sarab*). Durante la Edad Media, los conocimientos de los árabes sobre las especias se difundieron por Europa occidental, donde los boticarios se dedicaron a un activo comercio de brebajes hechos de clavo, pimienta, nuez moscada y mace. En una Europa ayuna de oro (la mayor parte lo controlaban los árabes) las especias eran más valiosas que nunca, el producto más apetecido y unos de los más importantes para las economías europeas.

A pesar de la enorme importancia de las especias para sus economías, los europeos dependían irremediablemente de los mercaderes árabes para su abastecimiento. Eran conscientes de que el clima europeo no permitía el cultivo de las exóticas especias. En el siglo XVI, la península Ibérica era demasiado fría —más fría que en la actualidad, pues estaba afectada por la edad de la «Pequeña Glaciación»—, y demasiado seca para el cultivo de la canela, el clavo y la pimienta. Se decía que un comerciante indonesio le comentó en cierta ocasión a un mercader que quería cultivar especias en Europa: «Podréis llevaros nuestras plantas pero nunca podréis llevaros nuestra lluvia.»

De acuerdo con el sistema tradicional, las especias, los damasquinados, los diamantes, los opiáceos, las perlas y otros productos asiáticos llegaban a Europa por rutas indirectas, costosas y lentas, por tierra y por mar, a través de China y del océano Índico, Oriente Medio y el golfo Pérsico. Los comerciantes recibían estos productos en Europa, habitualmente en Italia o en el sur de Francia, desde donde los enviaban por tierra a su destino definitivo. Durante el largo viaje, las especias pasaban por una docena de manos y, a cada paso, el precio se incrementaba. Las especias eran los productos que más ingresos proporcionaban.

El comercio de las especias experimentó una gran conmoción en 1453, al caer Constantinopla en manos de los turcos. Con ello, la ancestral ruta terrestre entre Asia y Europa se vio seriamente perturbada. La posibilidad de establecer un comercio de especias por una vía oceánica brindaba nuevas posibilidades económicas a toda nación europea que dominase los mares. Para quienes estuviesen dispuestos a asumir los riesgos, la recompensa por el comercio oceánico de las especias, unida al control de la economía mundial, ejercía una seducción irresistible.

El señuelo de las especias indujo a los sobrios y cautos financieros a apoyar expediciones sumamente peligrosas hacia partes del mundo desconocidas y alentó a muchos jóvenes a jugarse la vida. En España, la mejor y acaso la única razón para arriesgarse a embarcar era la perspectiva de enriquecerse en las islas de las Especias, dondequiera que estuviesen. Si un marinero consagraba años de su vida a ir y volver de allí, pero lograba traerse un saquito repleto de

especias, como el clavo y la nuez moscada —legítimamente o no—, podía comprarse una casita con lo que obtuviese por la venta; podía vivir de los beneficios durante el resto de su vida. Un marino corriente podía conseguir un modesto grado de bienestar, pero un capitán tenía derecho a esperar mucho más en la Era de los Descubrimientos: no sólo fama y grandes riquezas, sino títulos nobiliarios que legar a sus herederos y tierras en el extranjero donde gobernar.

Portugal fue la primera nación europea en explotar las rutas marítimas hacia las tierras de las especias y el imperio que significaba dominar aquellos territorios. La exploración empezó en 1419, cuando don Enrique *el Navegante*, tercer hijo de Juan I y de su esposa inglesa, Felipa, estableció la corte en Sagres, un afloramiento rocoso del extremo más meridional de Portugal. Don Enrique rara vez navegaba, pero indujo a otros a la conquista de los mares. Los barcos portugueses se enfrentaban a obstáculos tan descomunales, envueltos en tantas supersticiones e ignorancia, que sólo marinos muy expertos y dotados de una extraordinaria confianza en sí mismos se atrevían a aventurarse por la Mar Océano, como llamaban por entonces al Atlántico.

Siendo un joven soldado, don Enrique luchó contra los árabes y, por entonces, estaba resuelto a expulsarlos de la península Ibérica y del norte de África. Al mismo tiempo aprendió mucho de sus enemigos jurados: de sus rutas comerciales, de su ciencia, de sus técnicas cartográficas y, sobre todo, de sus técnicas de navegación. Cuando don Enrique llegó a Sagres, los europeos sabían poco del océano más allá de los 27° de latitud norte, marcados por el cabo Bojador, en África occidental. Se creía que las aguas situadas al sur de este punto eran un hervidero de monstruos, que las tormentas los enfurecían y los hacía demasiado violentos para navegar, y que una niebla impenetrable envolvía a los barcos en el momento más inesperado. Pero cuando se le exponían todos estos peligros, don Enrique replicaba: «No hay peligro tan grande que desaliente la esperanza de la mayor de las recompensas.»

Para conseguir su objetivo el príncipe portugués se atrajo a navegantes, constructores de barcos, astrónomos, pilotos, cosmógra-

fos y cartógrafos, tanto cristianos como judíos que, en la Academia de Sagres, colaboraron en el proyecto de explorar el mundo bajo la dirección de don Enrique. Diseñaron un nuevo tipo de embarcación, la pequeña y maniobrable carabela, que se distinguía por su vela triangular, la vela latina, inspirada en las embarcaciones árabes. Hasta entonces, los barcos europeos como las galeras se impulsaban con remeros o con velámenes fijos. Pero con su pequeño calado y sus velas móviles, las carabelas de don Enrique podían fijar un rumbo, virar por delante ceñidas al viento y aprovecharlo para cambiar de rumbo a medida que éste cambiaba de dirección, dando bordadas en zigzag a contra viento hacia un punto concreto. Con sus velas maniobrables las carabelas eran embarcaciones extraordinariamente marineras y se convirtieron por ello en los barcos predilectos para las exploraciones.

Pero, aunque se contase con esta nueva clase de embarcaciones, el océano seguía siendo sumamente peligroso. Don Enrique envió por lo menos catorce expediciones hasta cabo Bojador en un período de doce años, y todas fracasaron. El príncipe luso convenció a Gil Eannes, un explorador portugués, para que en 1434 lo intentase de nuevo. Eannes logró al fin lo que tantos otros había asegurado que era imposible. Consiguió doblar sin novedad el cabo Bojador y, al año siguiente, el propio Eannes, en compañía de Alfonso Gonçalves Baldaya, volvió a la zona. A cincuenta leguas del cabo exploraron una amplia bahía y se toparon con una caravana de camellos. Eannes descubrió el río que llamó Ouro (Río de Oro), y Baldaya continuó la navegación más al sur y trajo miles de pieles de foca. Fue el primer cargamento comercial traído a Europa desde aquella parte de África. En viajes posteriores, las naves portuguesas trajeron oro, pieles de animales, colmillos de elefante y... esclavos.

Todos los capitanes que dirigían expediciones patrocinadas por don Enrique tenían orden de tomar nota de las mareas, las corrientes y los vientos, y de reunir mapas detallados de las costas. Viaje a viaje, estos mapas se sumaron al conocimiento que tenían los portugueses de los océanos y del mundo más allá de la península Ibérica.

Aunque Portugal gozaba del reconocimiento de ser el país pionero en la Era de los Descubrimientos, los reyes portugueses a menudo frustraron a sus heroicos marinos. En 1488, durante el reinado de Juan II, Bartolomeu Dias llegó al punto más meridional de África y rodeó lo que en la actualidad conocemos como cabo de Buena Esperanza. Su viaje abrió nuevas perspectivas al comercio y a las conquistas de los portugueses. A su regreso, Dias trató en vano de que su gesta fuese recompensada. Diez años después, cuando el rey Manuel ya había ascendido al trono, Vasco de Gama siguió la ruta de Dias rodeando el extremo más meridional de África y llegó a Mozambique en la costa sudeste, donde repuso provisiones y siguió navegando hacia el este para abrir una ruta oceánica a la India. Vasco de Gama obtuvo un nombramiento real como virrey de la India, y el rey Manuel se autoproclamó «Señor de Guinea y de la navegación y el comercio de Etiopía, Arabia, Persia y la India», todo ello gracias a Vasco de Gama. Otros monarcas europeos descalificaban al rey Manuel llamándolo «el rey tendero» y Vasco de Gama se dolía de no haber sido adecuadamente recompensado por sus servicios a la corona portuguesa. Sería uno de los muchos exploradores que se alejaron de aquel enigmático y fatuo gobernante.

La indiferencia del rey Manuel respecto a quienes habían arriesgado la vida a favor de la causa del imperio portugués tenía mucho que ver con su acendrado temor a los rivales de Portugal. Desde el principio de su reinado, en 1495, tuvo un gran éxito comercial debido a las riquezas que desde la India iban a llenar los cofres reales, gracias a los éxitos de Vasco de Gama y de otros exploradores portugueses, unos éxitos que el monarca luso se atribuía como si hubiese sido él quien los materializase. Pero, en realidad, el rey Manuel carecía de espíritu aventurero y de visión, más allá de los aspectos estrictamente comerciales de lo que sus exploradores habían logrado para el imperio portugués. En lugar de enzarzarse en batallas, prefería permanecer en palacio, fiel a su esposa y a la Iglesia, y ocuparse de los asuntos internos de Portugal.

Las medidas políticas más problemáticas adoptadas por el rey Manuel fueron las aplicadas respecto a los judíos de Portugal, que

destacaban como científicos, artesanos, comerciantes, eruditos, médicos y cosmógrafos. En 1496, cuando el rey Manuel pretendió casarse con la hija de Fernando e Isabel, se le dijo que sólo podría hacerlo a condición de «purificar» Portugal expulsando a los judíos, como había hecho España cuatro años antes. Pero, en lugar de perder a un sector tan valioso de la población, el rey Manuel alentó las conversiones al cristianismo (conversiones forzadas, en muchos casos). En calidad de «nuevos cristianos» (designación que no engañaba a nadie) los judíos portugueses siguieron ocupando altos cargos en el gobierno y recibieron concesiones comerciales por parte de la Corona, sobre todo en Brasil. A pesar de estas componendas, el antisemitismo provocó en 1506 una matanza de judíos en Lisboa. El rey Manuel castigó a los responsables, pero el hecho sembró tanta amargura que muchos judíos abandonaron el país y se establecieron en los Países Bajos.

Durante aquel convulso período Portugal conservó su ambición de arrebatarles a los árabes el control de las especias y de llegar al fabuloso archipiélago que las producía. En aras de este objetivo, marineros dotados de tanta audacia que resultaban casi temerarios se presentaron al rey para pedirle apoyo a sus expediciones rumbo a aquellos mundos tan nuevos y exóticos como peligrosos. Les impulsaba algo más que el afán de aventuras. La mayoría fracasó, porque la corte portuguesa era un nido de intrigas, sospechas, dobleces y envidias.

Entre los peticionarios más tenaces se encontraba un miembro de la baja nobleza con una larga y probada historia de servicio al imperio portugués de África: Fernando de Magallanes. Según la mayoría de los historiadores, Magallanes nació en 1480, en el remoto pueblo montañoso de Sabrosa, donde la familia tenía una finca. Pasó su infancia en el noroeste de Portugal, frente a las agitadas aguas del Atlántico. Su padre, Rodrigo de Magallanes, situaba el origen de su linaje en el cruzado francés del siglo XI De Magalhais, que destacó hasta el punto de ser recompensado con tierras del duque de Borgoña. El propio Rodrigo destacó también como miembro de la baja nobleza y fue gobernador del puerto de Aveiro.

Menos se sabe de la madre de Magallanes, Alda de Mesquita, un apellido que permite interesantes especulaciones. El apellido Mesquita, que significa mezquita, era muy común entre los conversos portugueses, que trataban de ocultar sus orígenes judíos. Es posible que la madre de Magallanes tuviese antepasados judíos y, de ser así, Fernando también era judío, de acuerdo a la ley mosaica. Sin embargo, la familia se consideraba cristiana, y Fernando de Magallanes siempre se tuvo por un católico devoto.

Sin embargo, incluso este breve bosquejo de la ascendencia de Magallanes es dudoso. En 1567, sus herederos empezaron a disputarse su herencia y surgieron interrogantes acerca de su exacto lugar en el árbol genealógico de Magallanes. Las dificultades para trazar la línea de ascendencia de Magallanes se deben a las peculiaridades de la genealogía portuguesa. Por ejemplo, hasta el siglo XVIII los varones solían adoptar el apellido del padre, pero las mujeres acostumbraban a elegir entre el del padre, el de la madre e incluso el de una santa o un santo. Y algunos hijos adoptaban un apellido de un abuelo o el segundo de la madre e incluso de otros miembros de la familia. El hermano de Fernando de Magallanes, Diego, adoptó el apellido Sousa, que era el de la familia de su abuela paterna. Estas irregularidades hacen difícil precisar incluso en la actualidad a qué rama del árbol genealógico de la familia Magallanes pertenecía el navegante.

A la edad de 12 años, Fernando Magallanes y su hermano Diego se trasladaron a Lisboa donde ingresaron en la corte en calidad de pajes. Fernando pudo acceder allí a la educación más avanzada que podía ofrecer Portugal y estudió religión, escritura, matemáticas, música y danza, equitación, artes marciales y, gracias al legado de don Enrique *el Navegante*, álgebra, geometría, astronomía y navegación. Desde esta privilegiada posición en la corte, Fernando llegó a la mayoría de edad muy familiarizado con los descubrimientos que españoles y portugueses habían hecho en las Indias, y conocía los secretos de las exploraciones que sus compatriotas llevaron a cabo en el océano. Incluso ayudó a organizar flotas que debían partir rumbo a las Indias y se familiarizó con todo lo relativo a intendencia, aparejos y armas.

Magallanes parecía destinado a llegar a ser marino y comandante de navío. Pero, en 1495, su valedor, el rey Juan, jefe de una facción que le había aupado al trono en virtud de un derecho más que discutible, murió de repente. Su sucesor, el rey Manuel, desconfiaba del joven Magallanes, por su vinculación con sus rivales. A consecuencia de ello, el joven cortesano, que se hallaba en plena ascensión, vio su carrera truncada. Conservó su modesta posición en la corte, pero la perspectiva de dirigir una gran expedición en nombre de Portugal parecía desvanecerse.

Finalmente, en 1505, tras diez años de anónimo servicio en palacio, Fernando y Diego Magallanes recibieron sendos nombramientos para formar parte de una enorme flota de veintidós naves con destino a la India, toda ella al mando del comandante Francisco de Almeida. Fernando de Magallanes pasó los ocho años siguientes colaborando en la misión de establecer una presencia portuguesa permanente en la India, yendo de un enclave comercial a otro, y participando en continuas batallas. Sobrevivió a varias heridas y, cuando menos, aprendió a seguir con vida en un entorno hostil.

Magallanes hizo gala de gran valor y fortaleza pero, al final, los servicios que le prestó a Portugal en el extranjero no le aportaron más que quebrantos. Invirtió casi toda su fortuna en los negocios de un comerciante que murió al poco tiempo y, debido a la confusión que se produjo a la muerte de éste, Magallanes perdió casi todas sus participaciones. Elevó entonces una petición al rey Manuel para que se las restituyesen pero el rey no accedió. Pese a tantos años en el extranjero al servicio de la Corona, a todos los peligros que había arrostrado y a las heridas sufridas, sus relaciones en la corte no eran mejores que cuando, muchos años atrás, salió por primera vez de su hogar.

Al regresar a Lisboa, Magallanes, con su ambición intacta, comenzó una nueva fase de su carrera. Tratando de ser útil a la Corona, participó en la lucha de los portugueses para dominar el norte de África. En 1513 pareció brindársele una oportunidad ideal para demostrar su lealtad y utilidad a la Corona cuando la ciudad de Azamor, en Marruecos, se negó de pronto a pagar su tributo anual

a Portugal. El gobernador marroquí, Muley Zayam, se dispuso a defender la ciudad con un ejército potente y bien armado. El rey Manuel replicó al desafío enviando la mayor fuerza naval que hubiese destacado nunca Portugal: quinientas naves, quince mil soldados; prácticamente todo el potencial militar de su pequeña nación.

En el contingente enviado para defender el honor de Portugal se integró Fernando de Magallanes, con un viejo caballo, la única montura que se pudo permitir con sus ingresos drásticamente reducidos. Cabalgó valerosamente en la batalla, pero perdió su caballo a manos de los árabes. Lo que empezó tan prometedoramente acabó casi en desastre, porque estuvo a punto de perder la vida en el sitio de Azamor. Sin embargo, la operación en sí fue más favorable, porque Portugal recuperó la ciudad. Magallanes se indignó. Había perdido su caballo al servicio de su país y del rey. Y el ejército portugués le ofreció en compensación sólo una mínima parte de lo que Magallanes consideraba que era el verdadero valor de su montura.

Ofuscado, y dando muestras de una falta de tacto que lastró toda su carrera, Magallanes le escribió directamente al rey Manuel, insultando a varios ministros, saltándose la jerarquía que tan celosamente defendían éstos, e insistió en que se le compensase plenamente por la pérdida de su caballo. El rey Manuel no se mostró más generoso que la vez anterior, cuando Magallanes le pidió compensación por la pérdida de su inversión, y la nueva solicitud fue considerada un contratiempo sin importancia y desestimada.

La reacción de Magallanes fue reveladora. En lugar de abandonar el campo de batalla, siguió en sus trece; logró hacerse con un nuevo caballo y participó en escaramuzas contra los árabes, que surgían de las dunas del desierto para hostigar a los soldados portugueses que defendían Azamor. Magallanes demostró ser un soldado valiente que no vacilaba en enzarzarse en el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo un día tras otro. En uno de los combates resultó gravemente herido por la lanza de un árabe, que le destrozó la rodilla y le dejó cojo de por vida, además de acabar con su carrera militar. Por su irracional idealismo, su lealtad, sus dolorosas heridas, por su insaciable ansia de luchar y «desfacer entuertos» y por hacer

gala de gran coraje y hasta temeridad, Magallanes semeja hoy en día a nuestros ojos a un verdadero Don Quijote.

Al fin, logró una pizca del reconocimiento que anhelaba, cuando su servicio en la guerra y sus heridas le valieron un ascenso a oficial de intendencia. El grado le daba derecho a una parte del botín de guerra que, sin embargo, sería su desgracia. En una batalla posterior a la que resultó herido, los árabes rindieron un enorme rebaño de doscientas cabezas, entre cabras, camellos y caballos. Magallanes fue uno de los oficiales responsables de distribuir el botín de manera equitativa, y decidió pagar los servicios de algunas tribus aliadas con parte de los animales capturados. Como consecuencia de esta transacción, Magallanes y otros oficiales fueron procesados, acusados de haber vendido cuatrocientas cabras al enemigo y de haberse quedado con el producto de la venta.

La acusación era tan injustificada como absurda porque, como oficial de Intendencia, Magallanes tenía derecho a su parte del botín de guerra, y no está claro que recibiese nada. Pero no supo defenderse de las acusaciones y, sin autorización, abandonó Marruecos y regresó a Lisboa, donde se presentó ante el rey Manuel. Magallanes no se disculpó por su conducta en Marruecos sino que exigió un aumento de la retribución que recibía como miembro de la casa real (un aumento de su *moradia*). Por si no hubiese empeorado ya bastante las cosas, le soltó un rapapolvo al rey, recordándole que él, Fernando de Magallanes, era un noble y que había servido a la Corona durante toda su vida, y no de manera cómoda sino como lo expresaban sus heridas. Sólo una *moradia* más generosa bastaría para reconocer su rango, su sentido del honor y su idealismo. Lamentablemente, Magallanes fue objeto de las intrigas de rivales envidiosos que hicieron correr el rumor de que la cojera de Magallanes era fingida, y que sólo pretendía inspirar lástima.

La decisión del rey Manuel fue rápida y expeditiva. El insolente e insensato Magallanes debía regresar inmediatamente a Marruecos y afrontar allí las acusaciones de traición, corrupción y desertión del ejército. Y Magallanes cumplió la orden real. Tras la pertinente investigación, un tribunal de Marruecos desestimó las acusaciones y Magallanes pudo regresar a Lisboa con una carta de recomendación de su comandante. Pero, haciendo gala de una terquedad sin

límites, Magallanes volvió a pedirle audiencia a su soberano para solicitar aumento de sueldo, por así decirlo, con más vehemencia que nunca.

Y, una vez más, el rey se lo negó.

Magallanes se vio ya cuarentón, cojo y con una reputación injustamente mancillada. Bajito y moreno, al borde de la pobreza, su imagen no era precisamente la del aristócrata que creía ser. Y seguía ansiando distinguirse al servicio de Portugal, labrarse un prestigio que le situase en pie de igualdad con las personalidades más importantes de la época, de los exploradores que habían abierto nuevas rutas comerciales para Portugal hacia las Indias a la vez que se enriquecían. De modo que no podía dar otra impresión sino la de llegar al colmo de la estupidez al pedirle, a un rey que se había negado reiteradamente a aumentar su *moradia*, que sufragase una expedición. Pero el aspirante a explorador veía las cosas de otro modo. Le estaba ofreciendo al rey un plan, ciertamente algo vago y aventurado, pero que podría llenar las arcas reales con grandes riquezas de las Indias.

Consciente de que para convencer al rey necesitaba ayuda, Magallanes se apoyó en una destacada personalidad: Ruy Faleiro, que era matemático, astrónomo y experto en náutica. En pocas palabras: era la quintaesencia del hombre del Renacimiento, un cosmólogo. Los documentos de la época siempre se refieren a él como al bachiller Faleiro, que significaba que había estudiado o enseñado en la universidad. Nacido en Covilha, una población de la región montañosa del este de Portugal, Faleiro era un hombre brillante pero inestable que impresionaba a sus colegas con una endiablada brillantez. Al igual que otros hombres cultos de la época, era probablemente un converso. Solía colaborar estrechamente con su hermano Francisco, asimismo un influyente erudito y autor de un prestigioso estudio sobre la navegación. No es aventurado suponer que los dos hermanos aspiraban a representar un papel importante en la expedición.

A pesar de las impresionantes credenciales que portaba, Ruy Faleiro también había tenido sus más y sus menos con el rey. Don Manuel desestimó la solicitud de Faleiro de que lo nombrasen «ma-

gistrado astrónomo». Y, lo que era aún peor, había nombrado a un rival catedrático de la recién creada cátedra de Astronomía de la Universidad de Lisboa. De manera que cuando Magallanes y Faleiro se presentaron en la corte con su proyecto, el rey albergaba serios prejuicios hacia el terco y desafiante Magallanes y al imprevisible Faleiro, pues no en vano ya había rechazado anteriormente peticiones suyas.

Cuando Magallanes presentó el proyecto de la expedición, el rey Manuel, que tenía entonces 51 años, se hallaba en plena crisis personal. Su adorada esposa había muerto de parto y, convencido de que su largo reinado tocaba a su fin, decidió abdicar a favor de su hijo. Pero, como quiera que el joven heredero diese pruebas de ingratitud, don Manuel cambió bruscamente de opinión y optó por permanecer en el trono. Y no sólo eso sino que decidió casarse con la prometida de su hijo, Leonor, hermana del rey Carlos I de España, que contaba por entonces 21 años, aunque, según se rumoreaba, Leonor siguió manteniendo relaciones con el joven heredero, el príncipe Juan, una situación que fue motivo de escándalo y de burlas en la corte. De modo que el soberano a quien Magallanes había pedido en vano tantas veces que patrocinase su ambicioso proyecto era un hombre muy receloso, amargado y conflictivo; un hombre que no quería que otros alcanzasen fama y poder a su costa.

Fueron tres las ocasiones en las que Magallanes pidió la autorización real para viajar a las Indias, al objeto de descubrir una vía marítima que condujese a las fabuladas pero apenas conocidas islas de las Especias. Y en las tres ocasiones el soberano, que durante treinta años había detestado a Magallanes y desconfiado de él, le negó el permiso.

Finalmente, en septiembre de 1517, Magallanes hizo un supremo pero torpe intento de conseguir el apoyo de la corte portuguesa. Preguntó si podía ofrecer sus servicios a otro soberano, el rey replicó que era libre de hacer lo que quisiera. Y cuando Magallanes se arrodilló para besar su mano, como dictaba la costumbre, el rey Manuel la retiró ocultándola bajo la capa y le dio la espalda.

Aquel rechazo tan humillante fue lo que hizo de Magallanes lo que llegó a ser.

Tras la definitiva negativa del rey portugués, Magallanes encontró al fin la orientación adecuada para su vida y actuó de inmediato, empujado tanto por su ambición como por la corriente de la Historia. El 20 de octubre de 1517 llegó a Sevilla, la ciudad más importante de Andalucía. Ruy Faleiro, y posiblemente Francisco, se reunieron con él en diciembre y los tres formaron un unido equipo de expatriados portugueses en busca de fortuna en la capital andaluza, bulliciosa y llena de vitalidad. A los pocos días de su llegada, Magallanes firmó todos los documentos necesarios para convertirse formalmente en súbdito de Castilla y de su joven rey, Carlos I. Magallanes dejaba atrás al Fernão de Magalhães portugués.

La emigración de Magallanes a España tenía muchos precedentes. El héroe de su adolescencia, Cristóbal Colón, llegó a España desde Génova en busca de apoyo para descubrir una ruta hasta las Indias y, al cabo de años de retrasos y frustraciones, logró al fin el ansiado apoyo de los abuelos del emperador, Fernando e Isabel. Magallanes se creía capaz de lograr lo que el navegante genovés aseguró haber conseguido pero que nunca logró: llegar a las fabulosas Indias navegando en dirección oeste.

Las tensiones entre España y Portugal eran de tal naturaleza que podía producirse un incidente internacional si una expedición seguía esa ruta. Portugal había practicado desde hacía mucho tiempo un patente secretismo acerca de su imperio, casi tan absoluto como los árabes respecto del suyo. En virtud de un decreto del rey portugués, promulgado el 13 de noviembre de 1504, quienquiera que revelase descubrimientos o proyectos para expediciones de exploración podía ser ejecutado. Desde 1500 hasta aproximadamente 1550 no se publicó un solo libro acerca de los descubrimientos portugueses, por lo menos en Portugal. Durante el siglo XVI no se permitió a los particulares poseer materiales propios del comercio con las Indias o relacionados con ellos. Los mapas y cartas de marear portugueses eran considerados información confidencial y tratados como secretos de Estado. De haber llevado a cabo su expedi-

ción en nombre de su país de origen, su viaje alrededor del mundo pudo haber quedado silenciado.

Por suerte, los españoles habían enfocado de otra manera la construcción de su imperio. Su obsesiva inclinación a dejar constancia de todo, a documentar exhaustivamente todo lo relativo a las leyes, los linajes y las finanzas, se reflejó también en todo lo relativo al viaje de Magallanes. A diferencia de los portugueses y de los árabes, los españoles proclamaban sus éxitos para cimentar su reivindicación de aquellas regiones del planeta que habían descubierto. Además, la Edad de los Descubrimientos coincidió con el invento de los tipos de imprenta móviles y con la difusión de libros y panfletos impresos por toda Europa, testimonios que complementaban los influyentes ejemplares manuscritos por escribanos profesionales con destino a las bibliotecas de los nobles. Todos estos relatos contribuyeron a divulgar la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo y a remodelar no sólo los mapas sino la idea que se tenía por entonces de cómo era el planeta.

Magallanes llevó consigo a Sevilla secretos tan valiosos como delicados: información acerca de expediciones secretas, de su conocimiento de la actividad portuguesa en las Indias y de las técnicas de navegación portuguesas para surcar los mares fuera de Europa. Magallanes era un pura sangre de los mares, un explorador formado en la tradición impulsada por don Enrique *el Navegante*. Pero... necesitaba un patrocinador.

A los 18 años, Carlos I, rey de Castilla, Aragón y León, era muy consciente del legado de sus augustos antepasados. Había llegado a España sólo un año antes que Magallanes y era un absoluto extranjero. Miembro de la Casa de Habsburgo, llegó a la mayoría de edad en Flandes, bebiendo cerveza y hablando flamenco. Por entonces trataba de aprender el idioma y las costumbres españolas. Con un aspecto físico típicamente Habsburgo (alto, rubio, y de mandíbula prominente), les sacaba «una cuarta», como se decía antiguamente, a la mayoría de sus súbditos. Tan prominente tenía la mandíbula que había empezado a dejarse crecer la barba para disimularla un poco. En sus ratos de ocio se ejercitaba en la equitación

y se estaba convirtiendo en un jinete consumado. Incluso se decía que se enfrentaba a toros para demostrar su valor.

Su ansia de fama y gloria quedaron patentes nada más llegar a España, alentada por sus consejeros que, en su mayoría, eran altos cargos de la Iglesia que llevaban en el poder desde los tiempos de los Reyes Católicos, y que vieron en el joven rey el vehículo perfecto para canalizar sus propias ambiciones. Al cabo de menos de un año de su llegada a España, Carlos fue elegido «rey de los romanos», gracias a las maniobras de los miembros de su familia, que tiraron de todos los hilos imaginables. La elección significaba que llegaría a ser coronado emperador del Sacro Imperio Romano, con el nombre de Carlos V. Pero, para acceder al trono imperial, tendría que pagar grandes sumas de dinero, básicamente sobornos a los electores alemanes, de ahí que contemplase las posibilidades de las Indias y del Nuevo Mundo como fuente de ingresos para alcanzar su ambición. Y, por lo tanto, exploradores como Magallanes podían serle muy útiles a un joven rey en busca de la gloria y necesitado de dinero.

El momento de la llegada de Magallanes a España era prometedor, pero sus perspectivas eran un tanto azarosas. Pese a poseer experiencia y conocimientos especializados acerca del vasto y secreto imperio portugués, era un perfecto desconocido para los ministros y cortesanos españoles. Chapurreaba el español, por lo que tenía que recurrir a escribanos para sus comunicaciones por carta en castellano. Aunque hubiese renunciado a su lealtad a Portugal, en España seguía siendo un extranjero que estaba, por así decirlo, bajo sospecha y «a prueba». En estas difíciles circunstancias, conseguir el apoyo financiero para su proyectada expedición iba a exigirle un sobrehumano despliegue de esfuerzo y habilidad, así como suerte en cantidades industriales. En aquellos tiempos España seguía siendo una sociedad feudal gobernada por un clero poderoso, temido y corrupto. Los hijos ilegítimos de los obispos, llamados a menudo «sobrinos» o «sobrinas», representaban importantes papeles en la vida pública. La crueldad, la hipocresía y la tiranía impregnaban el orden social en el que Magallanes se hallaba entonces sumergido. Pero, por el momento, logró medrar apelando al ansia de la corte española de dominar el comercio mundial e infiltrándose en la estructura de poder del país.